

Solitude

He salido a despejarme. He acabado sumergiéndome en el bullicio de las calles y sin embargo me siento solo. Camino sin rumbo por esta ciudad poblada de fantasmas familiares. Cada vez miro menos a los ojos de la gente, y cuando lo hago no reconozco a ninguno de ellos. Pero sé que están ahí, que entre tanto rostro anónimo tienen que figurar por fuerza los de quienes me acompañaron buena parte de mi vida: tenderos, compañeras de facultad, colegas de pandilla, vecinos del barrio, amigas de mi hermana, clientes de mi antigua empresa, acosadores del colegio... Cuando en contadas ocasiones reconozco a alguno de ellos, o me reconoce a mí, el encuentro se resuelve casi siempre con un fugaz saludo: su envejecimiento, ponderado por el mío, les avergüenza. no pueden evitarlo.



He salido a despejarme. Camino sin rumbo por esta ciudad que comprende dos ciudades a la vez de manera simultánea y ocupando el mismo espacio: la actual y la que fue testigo de mis romances y borracheras, las compras con mamá, el tardío regreso del conservatorio, los días de piscina. Donde se abre una amplia glorieta veo las vías del tren bajo el viaducto, donde se alza un centro comercial una vereda entre vaquerías, y siempre es lo primero aquello que se me antoja irreal.

He salido a despejarme, aunque el presente no cesa de agrietarse allá por donde paso. De regreso a casa daré un largo rodeo para bordear las más modernas instalaciones deportivas de la ciudad. Justo allí se alzaban los pabellones donde vine al mundo y donde viví hasta acabar la carrera. Entraré en el portal del mío, el primero, siempre abierto, y miraré en el buzón: estoy esperando carta de mi novia adolescente, que pasa el verano en su pueblo de Jaén.

Federico Abad.

¡QUÉDATE EN CASA!

Envejecer

Envejecer también es cruzar un mar de humillaciones cada día;
es mirar a la víctima de lejos, con una perspectiva
que en lugar de disminuir los detalles los agranda.
Envejecer es no poder olvidar lo que se olvida.
Envejecer transforma a una víctima en victimario.

Siempre pensé que las edades son todas crueles,
y que se compensan o tendrían que compensarse
las unas con las otras. ¿De qué me sirvió pensar de este modo?
Espero una revelación. ¿Por qué será que un árbol
embellece envejeciendo? Y un hombre espera redimirse
sólo con los despojos de la juventud.

Nunca pensé que envejecer fuera el más arduo de los ejercicios,
una suerte de acrobacia que es un peligro para el corazón.
Todo disfraz repugna al que lo lleva. La vejez
es un disfraz con aditamentos inútiles.
Si los viejos parecen disfrazados, los niños también.
Esas edades carecen de naturalidad. Nadie acepta
ser viejo porque nadie sabe serlo,
como un árbol o como una piedra preciosa.

Soñaba con ser vieja para tener tiempo para muchas cosas.
No quería ser joven, porque perdía el tiempo en amar solamente.
Ahora pierdo más tiempo que nunca en amar,
porque todo lo que hago lo hago doblemente.
El tiempo transcurrido nos arrincona; nos parece
que lo que quedó atrás tiene más realidad
para reducir el presente a un interesante precipicio.

Silvina Ocampo

En un primer momento se imponen desde su distante arrogancia:
Vida, Dios, Naturaleza, Libertad... Son algo más, mucho más que
palabras: inquietantes y sinuosos laberintos donde se pierden (ahora
sí) todas, todas, todas las palabras. **Pedro Roso**
